

## ¿PUEDE LA CIENCIA POLITICA COMPRENDER LOS EVENTOS HISTORICOS?

Ilán Bizberg  
*El Colegio de México*

**L**a pretensión de las corrientes de pensamiento hoy en día dominantes en la ciencia política es la de clasificar, hallar tendencias, predecir. Consideran que se puede estudiar la realidad política y social como lo hace la ciencia natural: que esta realidad también responde a relaciones causales. Sólo así se explica que, en los años sesenta y setenta, haya imperado la teoría de la modernización (que sigue estando implícita en buena parte del pensamiento mexicano sobre la democratización) y que en Estados Unidos esté predominando sobre la disciplina una perspectiva derivada de la economía, como la teoría de juegos, que se contenta con hallar explicaciones para el mayor porcentaje de situaciones mediante la simplificación extrema de la racionalidad que rige la acción social y política. Para la teoría de juegos, lo que determina la acción es la racionalidad estratégica, cualquier otra variable complica innecesariamente el panorama y explica menos.

En esta medida, este modelo deja fuera las excepciones. Al igual que en el momento en que nacen las ciencias sociales, la nueva teoría dominante sólo da cuenta de lo esperado, de lo coherente, y considera todo lo que no puede explicar de esta manera como una aberración, como una anomalía. Se ha relegado al olvido a Dilthey, quien del estudio de la historia derivó que ésta, para tener algún sentido, tenía que comprender la acción de los hombres. Con tal idea se enfrentó al positivismo que, como la teoría de juegos, intentaba abarcar el máximo de casos economizando recursos teóricos mediante la clasificación.

Esta decisión metodológica tiene importantes consecuencias teóricas. Sólo se estudia a las élites, a los grupos dominantes, haciendo el cálculo de que es muy alta la probabilidad de que sean ellos los que con su acción determinen el rumbo de prácticamente cualquier régimen político. Se hace de lado toda

explicación basada en la acción de las clases subordinadas y más aún se ignora el análisis de la legitimidad, la cultura política, que no sólo son considerados como conceptos difíciles de hacer operacionales, sino que se piensa que sólo explican una mínima parte de la realidad.

Pero todo este razonamiento económico olvida lo fundamental, que la característica esencial de la acción humana es que tiene un sentido. Esto, según Dilthey, obliga a la disciplina que estudia esta acción a esforzarse por comprenderla. Parten del hecho de que para actuar eficazmente sobre la naturaleza es suficiente construir modelos que se ajusten con el contacto con la realidad y que respondan a un tiempo práctico concebido como secuencia uniforme ininterrumpida de instantes: a una concepción del tiempo, que Heidegger ha identificado como espacial. Pero la historia, el tiempo histórico, se caracteriza por la diversidad, por la heterogeneidad. Esto significa que la historia estudia las rupturas, los eventos accidentales, los obstáculos que emergen a cualquier evolución.

Por otra parte, si además nos interesa entender la acción social y política, tenemos que considerar que el tiempo humano difiere, a su vez, del histórico. Tiene, en primer lugar, un sentido contrario al de la historia, en la medida en que el hombre es su pasado sólo en tanto lo asume, es decir, lo adopta desde su futuro; Heidegger diría que las adopta desde su conciencia de la muerte, Sartre diría que desde su proyecto de vida. Lo esencial es reconocer que el hombre invierte el tiempo histórico y define su pasado en función del futuro. Este movimiento temporal se traduce en su existencia en el presente, y le otorga un sentido.

Hay que agregar que el estudio de la política y de lo social se ubica en la intersección entre el sujeto (individual o colectivo) y la historia. Pero esta interacción no se refiere tanto al hecho de que, como lo pensaban los que pusieron de pie a Hegel, el hombre cambia el curso de la historia, sino por el contrario, que la historia es una reserva de experiencias a la que los hombres hacen referencia con el objeto de construir su existencia. Y esto quiere decir que las instituciones se constituyen y tienen una relación con los individuos que las viven con base en la referencia que hacen estos mismos hombres a su historia. La acción social está definida por un proyecto que asienta sus raíces sobre el pasado.

Y desde esta perspectiva, lo más relevante no es la racionalidad estratégica, el interés que regula todo acuerdo entre las élites, sino las percepciones, las ideologías y las subculturas individuales y colectivas. Comprender la sociedad y la política requiere situarse en esta intersección en la cual los eventos históricos constituyen una reserva de significados específicos para un grupo determinado de una sociedad. Sólo significan algo en la realidad en tanto constituyen una referencia para las acciones colectivas o individuales del presente.

Un ejemplo sombrío de este método, es la explicación que hace Plessner del nazismo. Propone que esta ideología se arraigó en un país en el cual el nacionalismo tuvo un desarrollo tardío, hacia fines del siglo XIX, cuando el pensamiento dominante era la contrarrevolución, el antihumanismo. Se implantó, además, en un país en el cual la única etapa de la historia que podía considerarse como digna de ser rescatada era el sacro imperio romano-germánico; un periodo en el cual la concepción dominante sobre el mundo era la holista. Todo esto sienta las bases para la construcción de la nación alemana sobre una concepción orgánica; sobre la lengua, la sangre, la raza.

Un ejemplo luminoso es el de la antigua Checoslovaquia, donde se ha dado una transición que puede considerarse como exitosa, a pesar de que el país se ha escindido. En este país el hecho de referencia es evidentemente la República de Masaryk, la edad de oro de la Checoslovaquia democrática y liberal. Es este referente histórico el que conduce a que en la República Checa (y hasta ahora también en la eslovaca) lo que está en juego no sean los principios de base de la sociedad. En la medida en que hay un consenso en torno a los principios fundamentales, se debaten las normas y las reglas sociales, las formas institucionales de la existencia social. No se disputa si el centro de la vida social es el individuo o el Estado, sino cómo construir los derechos de los individuos, cómo organizar su defensa del Estado, etc.

Para finalizar, regresemos a la pregunta original: ¿Puede la ciencia política comprender los eventos históricos? La respuesta es negativa si se considera que el presente y el futuro son meras prolongaciones de la historia, pero es positiva si se considera que la historia, y como de hecho vimos en otras de las ponencias en este seminario, incluso los sueños, pueden influir sobre la realidad presente en tanto son parte de un proyecto, son la referencia de la cual emana el sentido de una acción actual.